

Premio Nacional de Crítica

Categoría 2- Texto Breve

Título: El gigante varado

Seudónimo: Bertillon Ospina



Me gusta mirar los monumentos de héroes de las ciudades latinoamericanas. Me atraen sus maneras galantes pasadas de moda, aquellas charreteras salpicadas de excremento de pájaros, y esos vestidos atrapados en piedras de pliegues sucios. Me intrigan aquellas historias mudas y ciegas, sus melodramas sin espectador y sus actuaciones sin aplausos. También me sorprende la absoluta incoherencia de ese conjunto que terminan formando a través del espacio urbano, de los tiempos, de la sucesión de los poderes.

¿Cómo se le pueden hacer loas, estatuas y gigantescas inversiones públicas por igual al conquistador y al indígena que lo aplastó?, ¿al capitán que nos trajo a España y al general que rompió los lazos con ella?, ¿al esclavizador y al esclavo?, ¿al que expulsó piratas y al pirata? ¿Cómo pueden convivir en los altares de la patria, sin que a nadie le moleste, los conflictos, tensiones y negaciones de unos frente a otros? Es que si Gonzalo Jiménez de Quesada tenía la razón, entonces Bolívar no. O viceversa. ¿Cómo hacen ambos para seguir erguidos, uno al lado del otro? En algunos países, al menos derriban a los ídolos caídos en febriles episodios de iconoclastia pública. Aquí, sin embargo, todos continúan de pie, así haya pasado hace mucho su momento.

¿Cómo logramos incluir en la misma categoría de héroes a los dos términos de una oposición? ¿Todo se puede deglutir en el vientre incontinente de la memoria? ¿Todo se puede homenajear en la manía conmemoratoria oficial

Despleguemos sobre el tapete algunos ejemplos al azar. En Cartagena se venera a Heredia “mataindios” y precisamente también a la India Catalina. En Bogotá, a los Reyes Católicos y a Santander. Estas incoherencias históricas o estéticas permean otras urbes latinoamericanas como Ciudad de México, que exhibe con igual desparpajo y ceremonia su monumento a Cortés y su Monumento a los Indios. En Buenos Aires, el caballo de Belgrano se encabrita civilizadamente al lado del salvaje que monta El Aborigen en la Plaza Garay, Y entonces uno podría dejarse llevar por un delirio literario e imaginar las extrañas conversaciones que se darían entre ellos. ¿Encontrarán de qué hablar o solo se lanzarán dardos y maldiciones a través de los años, las ideologías, las estéticas, los barrios de las ciudades?

A los transeúntes afanados no les perturba esta memoria sin programa, yuxtapuesta, contradictoria. Es que pareciera que, mientras más sólidas, estas figuras menos se ven. Con ellas ha sucedido una paradoja. Si bien fueron creadas para instaurar lugares de memoria (Regis Debray, 1989) , con los tiempos se han convertido en generadoras de no-lugares. Lo que está a su alrededor, en vez de volverse visiblemente significativo, se hunde en un agujero negro. Es como si los monumentos tuvieran el poder de taparse a ellos mismos con una capa de invisibilidad a pesar de su exuberancia material. Sin embargo, si algún día uno se toma el trabajo de mirar, al menos sería entretenido. .

Al hilo de perlas del conjunto esquizofrénico y fragmentado de los monumentos públicos de Medellín ingresó recientemente un personaje que podría ser la joya de la corona:

Superman, el de la capa, el mechón y los pectorales, como si no hubiésemos tenido ya bastantes de aquellos prohombres que inventaron el horizonte de progreso con machetes y silletas, y no pocas veces escopetas. La gula de imágenes de la ciudad es insaciable. Por esto, en 2008, cuando se decidió crearle una nueva escenografía al principal centro del poder financiero local en Ciudad del Río, el arte fue llamado a apoyar visualmente esta retórica del poder económico. En los tiempos de la Roma imperial o la renacentista, el poder requirió de la piedra para reiterarse, como nos lo ha relatado Richard Sennet. Este

Principal 24/6/2016 13:37

Eliminado:

Diego Garcia 5/5/2015 23:32

Eliminado: -

Principal 24/6/2016 12:19

Eliminado:

gesto se repitió aquí, solo que ahora la plastilina fue el bronce y el acero.... pero plastilina ideológica, al fin y al cabo.

Principal 24/6/2016 12:32

Eliminado:



Supermán y El Desafío de Rodrigo Arenas Betancourt.

Una práctica que tampoco ha sido nueva en la ciudad. Recordemos, por ejemplo, el *Monumento a la vida* de Arenas Betancourt, bautizando la sacralidad metálica de la tutelar empresa de seguros de la ciudad, o *El desafío* (del mismo Arenas) monumentos directamente financiados por bancos que buscaban reforzar con libretos heroicos la acumulación de sus capitales. Con ellos ya no se homenajearon solo historias regionalistas, sino también victoriosas hegemonías económicas.

Sin embargo, hay un abismo entre aquel hombre inflamado y a caballo de *El desafío*, con sus brazos nervudos, manos empuñadas y movimientos hacia las estrellas, y este torpe héroe encorvado con malla, caído en los pulcros jardines de Ciudad del Río. Mientras en el primero todo es ascenso, fortaleza y valores patriarcales, en este otro hombre que cambió el caballo por una capa pesada todo es detención, ambigüedad e indecisión. Mientras el hombre de Arenas participa del canto del progreso de su mecenas, este subhéroe permanece

sentado a los pies de un castillo feudal financiero a cuyo banquete no ha sido invitado. La anécdota de un *Superman* pensador que no puede volar al extraviarse en una reflexión se podría interpretar como una fina broma realizada por Nadin Ospina, su creador. No en vano

Diego García 5/5/2015 23:35

Eliminado: -

este artista es responsable de algunas herejías mayúsculas contra varios consagrados imaginarios oficiales latinoamericanos, como sus ya legendarios monumentos precolombinos cruzados con códigos mediáticos. Quizá la prestancia del artista y el auge de su obra en el mercado de valores del arte motivaron su adquisición por parte del banco-mecenas. Sin embargo, la presencia de esta anti-escultura es subversiva e inquietante. Y parece devolverse tanto contra su benefactor, como contra las funciones que se le endilgan y el mensaje que se quería transmitir.

La palabra “héroe” que tiene incrustada dentro de su nombre le permite hacer parte de una cadena de significantes a la que pertenecen otros “heroizados” de la ciudad, como Robledo, Bolívar, Girardot, Berrío. Sin embargo, en este caso no solo es héroe, sino además, y sobre todo, “súper” héroe. Y este prefijo lo lleva de inmediato a otra cadena asociativa que lo ubica esta vez al lado de otros “súper”, como Batman, Robin o el Hombre Araña... fugados de otros contextos. Fugados precisamente de las imágenes.

Así, nuestro *Superman* ya no sale de los libros de historia decimonónicos, sino que emerge de la bidimensionalidad, la tinta, el papel, lo efímero, lo consumible, lo banal. Es decir, de la cultura para las masas. Sin embargo, aquí establece unos diálogos perversos con la alta cultura cuando el atlético Superman de la tira cómica colisiona con *El pensador* de Rodin. Aunque el escultor francés había dicho que éste pensaba con todo el cuerpo, el personaje de Nadín pierde el pensamiento en un cuerpo que, sin embargo, tampoco puede ya lanzarse a la acción. Héroe desfuncionalizado que no sube los brazos, que mira hacia abajo, y pierde la vertical actitud masculina exigida por los códigos oficiales. Apenas una ballena varada, un titán enfermo donde las áureas proporciones del cómic y la escultura clásica devienen una masa de músculos amontonados. La capa aplasta las nalgas con las que *El pensador* de Rodin aspiraba emparentarse con la escultura griega, en esta figura frontal, hecha solo para ser mirada por delante.

Principal 24/6/2016 13:41

Eliminado:



El guiño de Nadín se extiende hasta el pedestal cilíndrico, que no es más que eso, un guiño, una parodia: una forma traída de la escultura clásica como una broma. Sin embargo, el cliente-banco no parece tener conciencia de ello y lo emplaza con todas las convenciones de los símbolos patrios. Lo coloca sobre esta desproporcionada base en el centro de un espacio vacío en el que resalta con su volumen y talla. Incluso le instalan al frente un juego de lámparas que lo iluminan teatralmente por la noche, con toda la seriedad y el acartonamiento del caso, como si se tratara realmente de un héroe tutelar en medio de esta plaza, discreta a su pesar.

Sin embargo, ¿qué clase de héroe sería este? ¿Qué personaje, acontecimiento histórico o hazaña recordaría? ¿Qué valores cívicos, políticos o morales reforzaría? Es que este es un monumento que nace y muere en su masa, en su choque de discursos, en su origen híbrido y bastardo, en su total vacuidad. Héroe triste, aburrido, de cara ennegrecida por el color del bronce, lejos del brillo y la tranquilidad de conciencia del mármol. Héroe que ni piensa, ni actúa, abatido por la explosión de símbolos en sus feos manos de gigante torpe. Esa es la particular kriptonita de este héroe que ni siquiera convoca, como la popular *Gorda* de Botero, aquella dama deforme comprometida con otro banco y otras genealogías plutocráticas, y bastante exitosa en su reclamo a las multitudes.

Este año volví a visitar la plaza que nadie visita, en medio de grandes avenidas cruzadas frenéticamente por automóviles y debajo de la caja registradora que sostiene el modelo económico paisa. Solo estaba allí un hombrecito moreno con camisa de cuadros arremangada y zapatos gastados, quien por un buen rato miró al héroe absurdo y después se dio la bendición. En seguida se marchó. Yo también lo hice después de respirar la marginalidad de este espacio marginal, surgido alrededor de un héroe hecho para volar, que

Principal 11/5/2015 9:25

Eliminado:

aquí quedó varado, como aquel otro señor viejo con alas muy enormes del que tanto hemos oído hablar. Me alejé, sin darme la bendición, con la intriga de este quiebre de sentidos en la figura enorme, costosa, paródica, a quien ni siquiera dejaron reír.

Bibliografía

Debray, Régis (1989), “Traza, forma o mensaje”. *Cahiers de médiologie*. N.º 7, disponible en: http://mediologie.org/cahiers-de-mediologie/07_monuments/debray.pdf, consultado: agosto de 2014. Traducción Jairo Montoya.

Duque, Félix (2001), *Arte público y espacio político*, Madrid: Akal

Sennet, Richard (1977), *Carne y Piedra, el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza Editorial.